

MURALLAS DE ACERO

LA DEFENSA ALEMANA EN EL FRENTE DEL ESTE.



TIMOTHY A. WRAY

www.hrmediciones.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.7
LOS ORÍGENES DE LA DOCTRINA DEFENSIVA ALEMANA	13
El colapso final: cuestiones no resueltas	22
Doctrina defensiva alemana en los años de entreguerras	27
Defensa anticarro	38
El empleo defensivo de los carros de combate alemanes	41
Primeras experiencias: Polonia y Francia.	42
Visión general: la doctrina alemana en vísperas de Barbarroja	45
BARBARROJA - LA INICIATIVA ALEMANA	47
Los aspectos defensivos de la Blitzkrieg	48
Los problemas defensivos de las divisiones panzer en los cercos profundos.	51
Reconsideración de la estrategia alemana.	59
Defensa del Grupo de Ejércitos Centro, julio - septiembre	68
Preludio al invierno	81
BATALLAS DE INVIERNO, 1941-1942.	93
Resistir a toda costa	94
El origen de la defensa por puntos fuertes	107
Defensa de Puntos Fuertes: Ejecución	121
La Campaña de Invierno: Visión General	135
Evaluaciones doctrinales alemanas	148
NUEVAS VICTORIAS, NUEVAS DERROTAS	163
Problemas en el “frente defensivo” alemán	166
La Orden de Defensa del Führer del 8 de septiembre de 1942.	179
Refuerzo del Personal de Combate	186
Batallas invernales en el frente defensivo	192
El Frente Sur	200
Evaluaciones doctrinales alemanas	232
LOS ALEMANES A MEDIADOS DE LA GUERRA	241
Decisiones fundamentales	242
La iniciativa soviética	250
Sostenimiento: el sistema alemán de reemplazos y adiestramiento.	261
Gestión del cambio doctrinal	283

LAS ÚLTIMAS CAMPAÑAS	303
Preparativos para la batalla	304
Tendencias doctrinales.	315
La destrucción del Grupo de Ejércitos Centro.	324
OBSERVACIONES Y CONCLUSIONES	353
BIBLIOGRAFÍA	363

INTRODUCCIÓN

Anticipar correctamente la naturaleza de la próxima guerra constituye, sin duda, el problema más crítico al que deben enfrentarse los líderes militares en tiempos de paz. El éxito de las inversiones en adiestramiento, equipamiento y sistemas de armamento depende directamente de la precisión con la que dichos líderes logren —en cierto modo— adivinar el porvenir estratégico. No se trata de una tarea menor: en un contexto de incertidumbre, las decisiones de hoy condicionan la eficacia y la supervivencia del ejército del mañana.

La base habitual para este ejercicio de anticipación es la experiencia acumulada en conflictos recientes. Los estrategas militares tienden a extraer lecciones de guerras pasadas que, en su juicio, conservan vigencia operativa y conceptual, y a partir de ellas toman decisiones doctrinales y organizativas. Sin embargo, como demostró trágicamente el caso francés en 1940, este tipo de adivinación estratégica puede resultar profundamente erróneo si no se realiza con el rigor y la perspectiva necesarios. Francia, al preparar su defensa bajo los parámetros de la Primera Guerra Mundial, subestimó por completo la evolución del arte militar, lo que desembocó en su colapso ante el empuje alemán.

La historia militar, correctamente entendida, ofrece un vasto depósito de experiencia indirecta, de conocimiento vicario, que puede y debe ser aprovechado para iluminar los desafíos del presente. Pero es crucial recordar que, para la toma de decisiones en el presente, lo verdaderamente útil no es la historia en sí, sino la comprensión que se extrae de ella y la capacidad de

traducir esa comprensión en acción y doctrina. Por desgracia, con frecuencia los ejércitos en tiempos de paz olvidan esta distinción esencial. En lugar de aplicar con discernimiento las lecciones del pasado, tienden a venerarlo de forma acrítica, convirtiéndose —en palabras del historiador militar británico B.H. Liddell Hart— en auténticos “templos de culto a los antepasados”.

En los últimos años, varios analistas doctrinales de los ejércitos occidentales han vuelto su mirada hacia las batallas defensivas libradas por el ejército alemán en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Este renovado interés no ha sido meramente académico: ha estado motivado en gran medida por consideraciones prácticas, con autores que vinculan ejemplos históricos a las actuales teorías del combate, ya sea desde la perspectiva de la guerra de maniobra o de la guerra de desgaste, buscando así modelos aplicables al entorno estratégico de la OTAN.

Sin embargo, en medio de estos debates doctrinales, los ejemplos extraídos del Frente Oriental han sido a menudo utilizados de forma descontextualizada, perdiendo así su verdadera significación. Al desatenderse las circunstancias específicas —y a menudo extraordinarias— que condicionaron cada operación, se sacrifica inevitablemente la comprensión legítima y el aprendizaje profundo. Citar ejemplos sin analizar el terreno, la logística, el estado moral de las tropas o la interacción entre niveles tácticos y estratégicos, conduce a simplificaciones que distorsionan la realidad operativa de aquellos combates.

El objetivo de este estudio es trazar la evolución de la doctrina defensiva alemana en el Frente Ruso desde los prolegómenos de la guerra hasta marzo de 1943. Para lograr una comprensión cabal y aportar una visión útil al lector contemporáneo, se abordarán tanto los contenidos sustantivos de dicha doctrina como el razonamiento, las condiciones y los factores específicos que llevaron a su formulación y desarrollo. Es decir, no sólo se analizarán los métodos empleados por las unidades alemanas en el campo de batalla, sino también las limitaciones, desafíos y circunstancias particulares —logísticas, geográficas, humanas y políticas— que influyeron decisivamente en la forma en que se diseñaron y ejecutaron estas prácticas defensivas.

Este enfoque permitirá al lector no solo comprender cómo combatía la Wehrmacht en el Este, sino también por qué lo hacía de ese modo. Únicamente así se podrán extraer lecciones auténticas de un conflicto que, por su escala, brutalidad y complejidad, sigue siendo una fuente inagotable de análisis para los estudiosos del arte de la guerra.

La doctrina militar constituye el marco conceptual y procedimental establecido dentro del cual se planifican, organizan y ejecutan las operaciones militares. Se trata de una arquitectura intelectual que da coherencia a la acción bélica, una suerte de guía común que orienta la preparación, el adiestramiento y el empleo de las fuerzas armadas en todos los niveles. En tiempos de paz, esta doctrina suele estar claramente formulada en manuales de instrucción, reglamentos tácticos y textos oficiales de cada ejército. Estas publicaciones reflejan los principios asumidos por el Estado Mayor como fundamentales para la conducción de operaciones militares, y proporcionan al conjunto de la institución castrense un lenguaje común.

Sin embargo, en tiempos de guerra, esta doctrina formal a menudo queda rápidamente superada por la práctica real del combate. Las necesidades inmediatas del campo de batalla, los cambios en la situación táctica, las sorpresas del enemigo y la evolución constante de los medios técnicos pueden hacer que las modificaciones improvisadas se impongan sobre lo prescrito en los textos. En estas condiciones, la verdadera doctrina —la efectiva, la que rige el comportamiento de las unidades en el frente— no se encuentra ya en los manuales, sino en las tácticas realmente empleadas por los combatientes. Es en las trincheras, en los cuarteles generales de campaña y en los informes de operaciones donde se descubre el verdadero pulso doctrinal de un ejército en guerra.

Un ejemplo revelador lo ofrece el caso del ejército alemán durante su lucha en el Frente Oriental. Aunque las prácticas defensivas alemanas evolucionaron profundamente entre 1941 y 1945, no se llegó a publicar un nuevo manual doctrinal específico sobre operaciones defensivas en todo ese periodo. Los manuales de campaña anteriores a la guerra, por tanto, resultan de escaso valor si se pretende comprender cómo actuaban realmente las unidades alemanas cuando se enfrentaban a las ofensivas soviéticas. Esta paradoja subraya el desfase habitual entre doctrina escrita y realidad operativa.

El primer capítulo del presente estudio está dedicado al análisis del desarrollo doctrinal alemán previo al estallido del conflicto. Este enfoque inicial permite establecer el marco filosófico, doctrinal e institucional en el que se desenvolvía el pensamiento militar germano en vísperas del choque con la Unión Soviética. Como se verá, muchas de las ideas defensivas adoptadas por los alemanes en 1941 estaban aún fuertemente arraigadas en las experiencias vividas durante la Primera Guerra Mundial. Estas influencias se

mantuvieron vivas, aunque progresivamente cuestionadas por las nuevas exigencias del teatro de operaciones oriental.

Los capítulos siguientes exploran las batallas defensivas libradas por la Wehrmacht frente al Ejército Rojo. Desde los primeros choques defensivos del verano de 1941, quedó claro que las operaciones sobre el terreno raramente seguían el esquema previsto por la doctrina publicada. Diversos factores conspiraron contra la aplicación de los procedimientos defensivos estándar: las enormes dificultades impuestas por la orografía y el clima del Este; los inadecuados despliegues iniciales; las carencias no previstas de hombres y material; e incluso las interferencias directas del Führer, Adolf Hitler, que a menudo intervenía en el detalle táctico de las operaciones con consecuencias desastrosas.

Ante este cúmulo de circunstancias adversas, muchas unidades alemanas se vieron obligadas a improvisar medidas defensivas sobre la marcha. Aunque algunas de estas soluciones improvisadas conservaron elementos de la doctrina anterior a la guerra, muchas otras supusieron auténticas innovaciones en la manera de combatir. De hecho, puede afirmarse que a partir de este momento la doctrina defensiva alemana inició un proceso de modificación casi constante, adaptándose progresivamente a un entorno cada vez más hostil y a un enemigo que no cesaba de aprender y mejorar.

Desde comienzos de 1943, la superioridad cuantitativa del Ejército Rojo se volvió abrumadora. La Wehrmacht, sin posibilidad de igualar esa masa humana y material, solo podía aspirar a mantener el equilibrio combativo mediante el uso extremadamente cuidadoso, casi quirúrgico, de sus menzantes recursos. En este contexto, disponer de una doctrina táctica aguda, afinada y flexible se volvió esencial. La eficacia operativa dependía de aplicar cada recurso con el máximo rendimiento posible, y de evitar cualquier despilfarro.

No obstante, las transformaciones doctrinales no podían responder únicamente a criterios de eficiencia táctica. Otros factores del campo de batalla —también cambiantes— alteraban continuamente el equilibrio general. La evolución de las tácticas soviéticas, el desgaste progresivo de las unidades alemanas, la reducción en su preparación y su moral, y las interferencias cada vez más absurdas de Hitler, condicionaban y limitaban severamente la capacidad alemana de desarrollar una doctrina coherente. En los últimos meses de la guerra, a partir de finales de 1944, la doctrina defensiva alemana no solo dejó de avanzar: en muchos casos retrocedió, sacrificando su

sofisticación táctica anterior para adaptarse al agotamiento físico, técnico y moral de unas tropas cada vez más descompuestas.

El capítulo final presenta una serie de observaciones generales y conclusiones acerca del esfuerzo defensivo desarrollado por el Ejército alemán frente a la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de casi cuatro años de combates defensivos cada vez más desesperados, las fuerzas alemanas demostraron un grado de ingenio, adaptabilidad y capacidad de improvisación comparable al que habían mostrado durante sus campañas victoriosas en la fase inicial del conflicto. Pese al desgaste, la presión creciente del enemigo y la continua escasez de recursos, la Wehrmacht fue capaz de sostener una resistencia prolongada mediante métodos tácticos que, en la mayoría de los casos, carecían de base doctrinal previa y fueron desarrollados directamente sobre el terreno, en respuesta a las circunstancias concretas de cada combate.

Desde una perspectiva retrospectiva, el esfuerzo defensivo alemán adquiere una dimensión incluso mayor de la que podría parecer a primera vista. Las unidades combatientes, enfrentadas a una superioridad abrumadora en términos de hombres, armas y recursos materiales, se vieron forzadas a improvisar soluciones en prácticamente todos los niveles: desde el diseño de posiciones fortificadas hasta la integración táctica de diferentes armas y unidades, pasando por la redistribución de medios en tiempo real o la elaboración de respuestas móviles ante los avances del enemigo. Esta improvisación constante fue, paradójicamente, una de las claves de su relativa eficacia defensiva.

En un eventual conflicto futuro en Europa, las fuerzas de la OTAN podrían tener que hacer frente a desafíos tácticos y estratégicos análogos a los que encontraron las tropas alemanas en el Frente Oriental. Problemas como la dificultad para concentrar fuerzas, la vulnerabilidad de extensas líneas de comunicación, la necesidad de reaccionar con rapidez ante ofensivas enemigas en sectores múltiples o la obligación de operar en condiciones de inferioridad numérica, siguen siendo cuestiones plenamente vigentes. La experiencia alemana, pese a haber tenido lugar en un contexto histórico distinto, ofrece así lecciones prácticas de notable relevancia operativa¹.

En la defensa, el Ejército alemán se vio limitado por numerosas imposiciones de orden político y territorial que restringieron gravemente su margen

¹ El escenario OTAN-Pacto de Varsovia se encuentra obsoleto a día de hoy.

de maniobra estratégico. Las decisiones adoptadas por el Alto Mando nazi, muchas veces motivadas por intereses ideológicos o consideraciones no militares, impusieron al aparato militar alemán una serie de condicionantes que dificultaron la adopción de soluciones eficaces. Además, las operaciones defensivas se vieron obstaculizadas por la presencia de aliados con estilos de combate y niveles de competencia muy dispares. La cooperación con fuerzas como las rumanas, húngaras, italianas o eslovacas estuvo plagada de problemas de coordinación, diferencias doctrinales, limitaciones logísticas e incluso conflictos de mando.

Dentro de las propias fuerzas alemanas, existían también notables disparidades. Las diferencias en la calidad del entrenamiento, en la movilidad táctica, en la capacidad ofensiva o defensiva, y en el nivel de moral combativa entre distintas unidades eran frecuentes y crecieron a medida que avanzaba la guerra. No era lo mismo contar con una división panzer veterana y bien equipada que con una unidad de infantería estática reclutada en 1944. Estas disparidades internas añadieron complejidad a la elaboración de una doctrina defensiva coherente y aplicable a todo el frente.

El Ejército Rojo al que se enfrentaron los alemanes compartía muchas características con el modelo de ejército soviético vigente durante la Guerra Fría, así como con las fuerzas del Pacto de Varsovia. La doctrina, la estructura de mando y la filosofía estratégica de la Unión Soviética mostraban una notable continuidad desde los años cuarenta hasta los ochenta. Este paralelismo convierte la experiencia alemana en una fuente de referencia de particular utilidad para el estudio de las operaciones defensivas en el teatro europeo central. Además, el actual ejército ruso que invadió Ucrania en 2022 es heredero de esta doctrina nacida en época de la Gran Guerra Patria contra los alemanes

Por último, conviene señalar que el Ejército alemán combatió frente a un adversario cuya superioridad material y numérica era absoluta. No logró una victoria final ni invirtió el curso de la guerra, pero sus operaciones defensivas fueron ejecutadas con un grado de habilidad, resistencia y creatividad que merece un estudio detallado. El análisis detenido de estas batallas permite extraer enseñanzas valiosas sobre cómo organizar, sostener y adaptar una defensa eficaz en condiciones de inferioridad.

CAPÍTULO 1

LOS ORÍGENES DE LA DOCTRINA DEFENSIVA ALEMANA

En el año 1941, la doctrina alemana en lo que respecta a las operaciones defensivas apenas se diferenciaba de la utilizada por el antiguo Ejército Imperial Alemán durante los últimos años de la Primera Guerra Mundial. Las prácticas doctrinales de las unidades alemanas en el Frente Occidental entre 1917 y 1918 —específicamente, la doctrina de la defensa elástica en profundidad— sólo habían sido modificadas de forma marginal y adaptadas de manera limitada en las décadas anteriores al inicio de la Operación Barbarroja. Mientras que la doctrina ofensiva, entre los años 1919 y 1939, había experimentado una evolución audaz y transformadora, adoptando conceptos novedosos y radicales en muchos aspectos, la doctrina defensiva siguió una trayectoria mucho más conservadora. Esta se caracterizó por una adaptación progresiva y una reafirmación constante de los principios ya asentados, sin introducir grandes alteraciones.

En consecuencia, en 1941, aunque el Ejército alemán se hallaba inmerso en una guerra de maniobras basada en doctrinas ofensivas modernas, seguía aferrado a una concepción defensiva heredada de la guerra de posiciones (*Stellungskrieg*) propia de la Primera Guerra Mundial. El resultado fue una combinación doctrinal paradójica: mientras que la ofensiva se fundamentaba en la movilidad, el dinamismo y la ruptura rápida del frente, la defensa se apoyaba en estructuras rígidas, principios del pasado y métodos cuya vigencia ya estaba cuestionada. A diferencia de la guerra de maniobras (*Bewegungskrieg*), donde el movimiento y la flexibilidad son fundamentales, el *Stellungskrieg* se basa en la fortificación del terreno y en la espera de

ataques enemigos que se intentan repeler mediante una defensa en profundidad. Las ofensivas se vuelven extremadamente costosas en vidas humanas, ya que deben enfrentarse a sistemas defensivos preparados y protegidos. En este tipo de guerra, la victoria se mide no tanto por el terreno conquistado, sino por la capacidad de resistir, desgastar al enemigo y conservar los recursos humanos y materiales propios.

La defensa elástica: herencia de la Gran Guerra

El Ejército Imperial Alemán adoptó el concepto de defensa elástica en profundidad durante el invierno de 1916-1917, movido por una serie de razones estratégicas y tácticas que resultaban especialmente apremiantes en aquel contexto. En ese momento, Alemania se encontraba empantanada en una guerra de desgaste frente a una coalición aliada cuyas capacidades materiales, humanas e industriales superaban con creces a las de las Potencias Centrales. El alto mando alemán, formado por el mariscal de campo Paul von Hindenburg y el general Erich Ludendorff, buscaba romper el estancamiento estratégico mediante una gran ofensiva en el Frente Oriental prevista para 1917. Para ello, necesitaban liberar fuerzas del Frente Occidental, donde se esperaba que los Aliados lanzaran nuevas ofensivas de gran escala. Su objetivo era resistir estos ataques sin tener que destinar refuerzos significativos, al tiempo que reducían al mínimo las bajas propias.

Para lograrlo, autorizaron una retirada estratégica parcial en ciertos sectores del frente occidental hacia posiciones defensivas nuevas y mejor preparadas. Esta línea fortificada, que posteriormente recibiría el nombre de “Línea Hindenburg”, permitía acortar el frente, redistribuir mejor los recursos disponibles y aprovechar más eficazmente las ventajas defensivas del terreno. En contraste con las posiciones avanzadas mantenidas hasta entonces —ubicadas en la línea alcanzada durante las ofensivas iniciales de 1914—, esta nueva disposición representaba un cambio significativo en la filosofía militar vigente, que hasta ese momento había valorado el éxito únicamente en función de la capacidad de tomar y conservar el terreno conquistado.

Hindenburg y Ludendorff operaban, al menos nominalmente, conforme al principio de “doble responsabilidad” característico del Estado Mayor alemán, según el cual el comandante en jefe y su jefe de Estado Mayor compartían la responsabilidad y la autoridad en términos teóricamente iguales. En la práctica, sin embargo, la energía, determinación y capacidad de trabajo de Ludendorff eran tales que Hindenburg solía ceder a su criterio en la mayoría